

Y ahora, ¿qué más he de añadir? Al dar la última despedida, el LONGUM VALE al tierno amigo, al compañero y al Jefe, pedir por último á Aquel que dice:—«Yo soy el que hiere y el que consuela,»— que nos reuna en su seno, en el cual no cabe ausencia ni separacion..... y adonde no se puede morir!

Esto pedimos nosotros, *los que no queriendo que la posteridad deje de conocer á los que ya duermen*, escribimos estas noticias; *los que aún vivimos, los que somos dejados, y seremos arrebatados también sobre las nubes*, como dice el Apóstol.

¡Dichosos, pues podemos pedirlo; pues nos es dado añadir con este: ¡Ay de los que no tienen esperanza!

MADRID 26 de Marzo de 1863.

FERMIN DE LA PUENTE Y APEZECHEA.

ITALIA Y ROMA:

ROMA SIN EL PAPA.

PRÓLOGO.

Muchas veces los escritores ascéticos han comparado al enfermo próximo á la muerte, con una plaza sitiada por invencible y cruel enemigo, pronto ya á apoderarse de ella. Caen por todas partes los embestidos baluartes, el combate no cesa, la lucha, por desesperada no es ménos cruel, los asaltos se alcanzan unos á otros; ninguna esperanza hay de exterior socorro, y en lo interior todo es llanto, desolacion y ruinas.

Nadie mejor que los que asistiamos en sus últimos tiempos á D. NICOMEDES-PASTOR DIAZ, pudimos juzgar de la exactitud de esta pintura: uno tras otro se lastimaban y paralizaban sus miembros; el dolor siempre vivia permanente; ninguna esperanza en los exteriores auxilios de la ciencia, y las noches sin sueño, y los dias sin alivio, y las angustias de la agonía á cada momento; el alma sola velaba, acongojada, pero firme.

Pues bien: si en aquel conflicto al mísero defensor se le ofreciese lugar seguro en que poner á salvo cuanto quisiera; de cierto que en tal sitio encerrara no solo su caudal y alhajas, sinó los primores del arte, los escritos importantes, los títulos de propiedad, y más que nada, las prendas de su puro amor y los venerados objetos de su culto.

Arrasada luego la ciudad, pasados á cuchillo sus moradores, ¡feliz quien entre las cenizas encontrara el escondido tesoro! que fácilmente formaría idea cabal del modo de ser y de sentir de quien lo ocultó, de sus creencias y de sus afectos.

Así aprecio yo el escrito que hoy sale á luz, y que con buen acuerdo coloca en el primer lugar entre las obras de Pastor Diaz su celoso compilador. El insigne varon, no solo aquejado por tenaz y dolorosísima enfermedad, sino desengañado del mundo, y cierto de su próximo fin, parece como que quiere poner á salvo en el sagrado de este libro todos los tesoros de su alma; su fé sólida, su razon ilustrada, su imaginacion riquísima, la piedad de católico, las joyas de poeta, el caudal de historiador, de filósofo, de estadista; cuanto heredó de la naturaleza, cuanto adquirió con el estudio; y aun no sé qué cuadros más vivos á la vez y misteriosos, iluminados casi con la luz de la eternidad.

El lector que atentamente recorra estas páginas, bien satisfecho puede estar de que conoce á Pastor Diaz, y de que le ha visto en el punto culminante de su elevacion.

Pastor Diaz, que habia nacido y crecido en un hogar católico; que mancebo habia hecho sus estudios en las escuelas clásicas; que hombre de Estado habia presidido en distintas épocas los Ministerios donde radican nuestros asuntos diplomáticos y los de nuestro único culto, de nuestra justicia y de nuestra instruccion pública; que como diplomático, en fin, habia visitado y tratado de cerca las ciudades y los hombres de la Italia contemporánea, no podia ménos de dar preferente atencion al importante problema que, afectando al mundo y á la eternidad, se ventila en aquel reducido espacio, en plazo limitado, y con apremio grande.

Al estudio de ese grave asunto dedicó, pues, los mejores años de su vida; los mejores, porque aún vivian en su alma las flores de su primera juventud; y herido y roto y (permitaseme decirlo) triturado el cuerpo, desprendido por tanto de mezquinos intereses ó de voluptuosas ligaduras, dejaba á su alma levantar el vuelo sobre los horizontes de la historia y de la filosofia; y ver, y medir, y dibujar clara y correctamente á ROMA y á ITALIA; y

adivinar y bosquejar en lontananza lo que puede ser la ciudad, que aspira al nombre de Eterna, si no la habita el Hombre ó el Poder á quien está prometida infaliblemente la eternidad.

En dos partes, por tanto, dividió su trabajo: ITALIA Y ROMA se titula la primera; ROMA SIN PAPA es el nombre de la segunda. En la primera parte, que es necesariamente retrospectiva, prueba que Roma es mayor que Italia, no sólo en su vida histórica, sinó en su mision providencial; porque Italia fué provincia y Roma Estado, como que Italia es el país *Che il mar circonda e gli Alpi*, y Roma es el imperio que no tiene límites; porque Italia obedece la ley de su autonomía, y Roma guarda la ley de la civilizacion del mundo; porque en Italia, en fin, la libertad es parcial, la unidad es peninsular, la independencia es anti-austriaca; y para Roma, libertad quiere decir emancipacion humana; unidad quiere decir sede universal; independencia quiere decir exencion de todo poder. ¿Qué entiende Roma de libertad, pues es soberana? ¿Qué de unidad, pues es sola? ¿Qué de independencia, pues es señora?

Despues que Pastor Diaz ha examinado en la primera parte de este escrito la primacia y la universalidad de Roma, como ley providencial incontrastable y como hecho histórico patente; despues que ha descrito la carrera que por el cielo de Ro-

ma y del mundo han seguido César, y Carlo-Magno, y Carlos V, y Napoleon, esos grandes planetas de la historia, justo es que recoja la vista, como aquel que concentra y fija la mirada para distinguir mejor una constelacion nebulosa, y analizar la posibilidad de su existencia en el equilibrio del orbe, y medir su distancia, y calcular su curso; deja, pues, á Roma y á su imperio

*La quale, e il quale (a voler dir lo vero)
Fur stabiliti per lo loco santo
U' siede il successor del maggior Piero,*

y se fija en esta Roma, predestinada para Sede del Pontífice, segun Dante, y en esa otra Roma sin Papa, que, cual cometa misterioso, ó como estrella pasajera, columbran algunos.

«Italia sin Roma, me decia poco tiempo há un hombre de Estado de la Gran Bretaña, es para mí »como Inglaterra sin mar.» Y esta proposicion, que se aventuraba quizá con objeto muy diverso, es la definicion exacta de lo que seria Italia huérfana del Pontificado: quizá parezca poética la expresion; el sentido es matemáticamente exacto.

El mar que aisla á Inglaterra, no solo es su defensa, sinó su ser; hace inexpugnables sus costas, pero más aún hace universal su influencia.

Roma es la barca de Pedro, surta hoy en el Ti-

ber como antes en Genesareth, pero rodeada del mar; del mar que durará hasta la consumacion de los siglos; que se extiende por todo el ámbito del mundo, insondable, inmenso, el mar de la creencia católica, de la civilizacion cristiana. Ese mar trae á Italia, en encrespadas olas y récios huracanes, borrascas, tempestades, heregias, conquistas, guerras..... pero lleva de Italia, y desde Italia á todo el mundo, el comercio salvador de la verdad, el santo influjo de la caridad evangélica.

Suprimid con la mente el Océano que baña las islas inglesas, y ni tendrán riqueza, ni influencia, ni existencia.

Suprimid á Roma con la barca de Pedro, anclada en el Vaticano, y con el mar de la cristiandad que la rodea; y entónces Italia, como las pirámides, se asentará en un mar de arena, y será olvidada y esclava.

Volviendo á la obra de Pastor Diaz, tengo una satisfaccion en reconocer que en esta parte de la cuestion, en que parece que el Autor habia de ser arrastrado por su entusiasmo de católico ó por su imaginacion de poeta, es donde más gala hace de su razon de estadista y de su frio cálculo de político. Como si temiese acusaciones de parcial ó de apasionado, se resigna un momento á ser utilitario; y dejando aparte la historia y la humani-

dad, que Roma sola comprendió y preside, se limita á ser italiano: y en tal concepto demuestra que la gloria, la conveniencia, la necesidad de Italia, su modo de ser y su medio de durar y de influir, dependen de Roma; de Roma, libre como en la antigua República, soberana como en el grande Imperio, independiente como en el Pontificado.

No se crea que, limitándose en la primera parte á generalidades elocuentes, y en esta segunda á abstractas combinaciones, no propone soluciones prácticas.—Pastor Diaz, hombre de fé y de inspiracion, católico y poeta, volaba con sobrada elevacion para que no extendiese mucho su mirada: por eso generaliza y hasta canta; pero Pastor Diaz, hombre de Estado y moribundo, se acercaba demasiado á la tierra, y tocaba harto próxima la verdad material y la eterna, para que dejase su obra sin conclusion verdadera y práctica.

Cuál sea esta, la verá el lector.

Si es español y católico, gloríese de que su compatriota ha luchado por la misma causa, con las mismas armas y no con ménos honra que los Dupanloup y los Manning: si es italiano, quizá inscriba el nombre de nuestro Académico en el catálogo en que brillan Gioberti, Manzoni y Azeglio, defensores, no de *una Iglesia libre en un Estado libre*, sino de *una Roma, de un Pontificado independiente, en me-*

dio de una Italia libre: una trinidad latina con su Primado italiano. Si el lector, en fin, no ha nacido en ninguna de las dos Penínsulas latinas, pero como hombre, al cabo, admira el talento y busca la verdad, párese un poco, y verá cómo una mano trémula por la dolencia postrera, escribe trozos de sublime y enérgica elocuencia, y cómo ojos entornados ya por el sueño de la muerte, penetran avizores á sondear los abismos del porvenir.

Ocasion fuera esta de copiar trozos que justificaran semejante juicio: alguno, además, como si fuese iluminado por luz superior, presentaría anunciados y previstos, años hace, el engrandecimiento de Prusia, la nueva division Germánica, la humillacion de Austria, la *cesion oportuna* de Venecia, y hasta las perplejidades que hoy agitan al que quiere optar entre una Roma liberal ó una Italia anti-católica. Pero quien esto escribe, se propuso, desde que tomó la pluma, no manchar con sus repeticiones el escrito magistral de Pastor Diaz; no analizar, no comentar, no copiar una frase siquiera de un libro, que por el grave asunto de que trata, por la dolorosa ocasion en que fué escrito, hasta por la época solemne y suprema en que aparece, no debe ser desflorado con irreverentes mutilaciones, ántes bien respetado en su imponente integridad.

Si con esta conviccion, si á pesar de ella y en medio de secreta y casi invencible repugnancia, tomo la pluma, y á la carrera, tras largo meditar trazo estas líneas, es con dos objetos meramente: el primero, explicar el porqué una obra, la última en el orden cronológico, y quizá no la más perfecta en el literario, ocupa con justicia el primer lugar en la coleccion que hoy se dá á luz; y el segundo, el de pagar un homenaje de cariño y un recuerdo de altísima estimacion al hombre á quien, mientras vivió, tributó fraternal amistad, y ya en el reposo de los justos consagra admiracion piadosa

EL MARQUÉS DE MOLINS.

ITALIA Y ROMA:

ROMA SIN EL PAPA.
